

LECTURAS

IMPRESCINDIBLES

No hay libro, por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena.
Plinio

Por CARLOS MANUEL RAYA

Harry Potter Vs. la inteligencia

Un adolescente, con alma y madera de escritor, me preguntó en una ocasión qué se necesitaba para escribir bien. Es un consejo difícil porque habrá tantas respuestas como escritores quieran responderla.

Para unos, escribir es una necesidad más allá de la conciencia, de un acto premeditado. Es liberación, una suerte de exorcismo. Para otros, escribir es un juego de adultos: a través de la escritura se reinventa un mundo, al cual el autor le da un orden propio donde no caben reglas ni imposiciones de otros. Para algunos, escribir solo es oficio. Se hace mejor en la medida que más se realiza. Estos, parcos al hablar de espíritu literario, dicen que sólo trabajando sin descanso, en solitario, con una tenacidad a prueba de repetidas frustraciones, se puede alcanzar cierta dignidad para hilvanar una cuartilla en blanco. Todos parecen tener razón.

Sin embargo, muy pocos escritores dirán que es posible llegar a escribir modestamente sin ser un buen lector. Así se lo dije al muchacho: si quieres escribir debes leer mucho. Pudiera cumplirse, le advertí, la norma de que todos los lectores no tienen por qué ser escritores, pero todos los buenos escritores son grandes lectores. El chico, con esa soberbia natural de la pubertad, me respondió que no estaba de acuerdo con eso; tenía amiguitos que escribían bien, y lo único leído por ellos eran los libros de Harry Potter -hoy en día,

una especie de *texto icónico* para jóvenes enterados.

Ese es el momento en que un adulto pone a prueba su amor. Porque la primera reacción es montar en cólera y decirle que es una estupidez lo que acaba de oír. No porque la Rawlings sea una escritora mediocre, sino porque hay mucha más magia en el mundo que en una escuela de taumaturgos postmodernos. Pero como también uno fue niño, y quizás Verne, Salgari, Dumas o Stevenson eran la gloria -y lo son-, le recomendé ir a los libros de los que, sin duda, la millonaria escritora inglesa bebió con evidente fruición para hacer sus textos encantadores.

El caso que cuento era singular. Los padres del chico, profesionales ambos, se habían encargado de llenarle un anaquel con todos los libros de aventuras para jóvenes publicados en Cuba que, por cierto, son muchos y muy buenos. El chiquito, ni por curiosidad, había abierto alguno. En cambio, siguió diciendo que Harry Potter era lo máximo, y después de haber consumido febrilmente hasta el último tomo de la zaga del niño mago, creía tener suficientes herramientas para ser un escritor.

A pocos días de aquella azarosa conversación, vimos juntos las dos primeras partes de *El Padrino*. Deberías leer la novela, le dije entonces y con la intención de quitarle el *embrujo potteriano*, de ponerlo en contacto con otro escritor; como con la novela de Mario Puzo se daba el raro suceso de que un texto sin muchas pretensiones literarias ni complejida-

des narrativas -palabras del propio autor- había sido superado por el cine de Coppola. *Cacé* la obra por toda La Habana. Hallé una vieja edición cubana al costo de 30 pesos, que sólo podía estar en manos de un vendedor de libros usados. El acabado -y caro- tomo de *El Padrino* reposó en el anaquel junto a los demás libros, sin otra esperanza que sentir cómo le quitaban el polvo de encima a la hora de limpiar el cuarto.

Cuando, olvidado del agravio, el chico volvió a preguntarme cómo ser buen escritor, no pude evitar decirle que quizás debía esperar el próximo libro de Harry Potter.

Leer es crecer

En realidad, si hubiera tenido que recomendarle algunos textos iniciativos también me habría colocado en un aprieto. La razón es la misma que por la que se escribe: las lecturas de cada cual varían, son distintas, dependen de circunstancias diferentes.

Los niños comienzan leyendo, generalmente, cuentos infantiles. Aunque es preciso hacer la salvedad: en ciertos hogares, la cultura y la enseñanza pueden cambiar respecto a la media. Santa Juana de Lestonac tuvo como preceptor a su tío, el gran ensayista Miguel de Montaigne. Antes de la adolescencia ya había leído en latín y en griego a todos los clásicos del teatro y la filosofía, los historiadores romanos, los poetas del Medievo. José Lezama Lima y Alejo Carpentier compartían, además de la genialidad, un asma implacable, por lo cual muchas veces no pudieron asistir al colegio ni jugar con niños de su edad. A cambio, esos dos colosos de la literatura cubana decían haber *devorado* muy temprano la mayoría de los textos que atesoraban sus hogares.

Pero regresando a la *normalidad*, los cuentos infantiles son los primeros en la *escala de lecturas*. Los buenos libros para niños suelen ser obras de filosofía, de alto valor ético, que un niño no puede entender en toda su profundidad y que, sin em-

bargo, le marca para siempre las fronteras entre el bien y el mal, la verdad y la mentira, el deber y el derecho. Cual osamenta que necesitará órganos y piel que la recubra, la literatura clásica para niños -Perrault, los Grimm, Andersen, L. Carroll- conforma la base intelectual y, sobre todo, el hábito -¿cabría el término adicción?- a la lectura. Es preciso decir que las fábulas, por su imaginaria, gozan de un lugar privilegiado en el mundo del infante. Sería imperdonable no acercarlo a Esopo o a su émulo moderno, Jean de la Fontaine.

Los llamados libros para jóvenes, segundo *escalón de lecturas*, mezclan con acierto la aventura con la historia, la geografía con el arte, las ciencias con las fantasías. Los jóvenes encuentran en Verne, Dickens, Defoe, Dumas, Twain o Stevenson héroes como ellos, frágiles en el amor, tenaces en la búsqueda de la verdad y del bien. Ya no son niños. Pueden ahora valorar los oscuros motivos del Capitán Nemo, el dolor de David Copperfield, la soledad de Crusoe, la tenacidad de Edmundo Dantés, el ingenio de Tom Sawyer, la dicotomía del bien y el mal en una misma persona llamada Doctor Jekyll y mister Hyde.

Pero en la medida que esos textos resultan fantasiosos, es inevitable para el joven buscar historias reales, aquellas de las buenas biografías y los relatos testimoniales. Si Homero no es todo historia, y puede que ni siquiera sea un Homero, sino muchos, *La Ilíada* y *La Odisea* son lecturas obligadas para entrar al fascinante mundo de la Grecia Antigua, con sus mitos y su sabiduría. Pueden llevar a otros clásicos griegos, a su teatro y su poesía, a la historia narrada por los escritores romanos. Sólo así el joven podría comenzar a saber cómo la escritura es una especie una larga cadena que embona el mundo antiguo con el moderno; de dónde venimos como cultura; hacia dónde vamos como sociedad. Los autores, lo sabrá en la medida que lea, no han hecho otra cosa en siglos que repetirse o distinguirse agregan-

do pequeños ladrillos a la enorme Babel de las letras.

Por esa época ya habrá oído hablar del Don Quijote, de Cervantes. Probablemente tomará el texto en sus manos, le parecerá demasiado extenso, lo dejará varias veces. Entonces tal vez no esté preparado para asumir por qué los adultos dicen que es la mayor de las novelas; por qué un genio como Sigmund Freud aprendió español solo para leerla en su lengua original. Sucederá como con *El Pequeño Príncipe*: son lecturas para toda la vida.

Debemos aquí hacer una parada. De todos los textos mencionados, ninguno resulta más fascinante, abarcador y al mismo tiempo más completo que La Biblia. Eso no lo dicen solo los *creyentes*. Lo dicen casi todos los grandes escritores, algunos francamente ateos.

En La Biblia, en realidad varios libros, podemos encontrar épica, literatura profética, sapiencial, de amor, poesía, fabulaciones. Allí está la otra parte integrante de nuestra cultura, la judeocristiana. Sería una pena que los jóvenes ni siquiera oyeran hablar de La Biblia, ya no como Palabra Revelada, sino como el texto más leído y más veces impreso en la historia de la Humanidad.

Sin haber entrado en contacto con La Biblia, difícilmente una persona puede asumirse como culta, al menos en lo que llamamos Occidente. Sin embargo, oímos decir con pasmosa tranquilidad, *yo sí me he leído toda La Biblia*.

Da lástima ajena: resulta raro hasta en un creyente haber leído -y comprendido- un grupo de textos que aún siguen siendo estudiados por los especialistas. La Biblia necesita de una lectura guiada por quien descubra sus muchos símbolos y riquezas; quien explique los contextos, las traducciones, no siempre felices, hechas a través de los siglos. Pero que no quepa duda: si queremos un



Hablamos de haber leído autores significativos, de conocer sus obras, aún las menos promocionadas.

joven culto, un lector sólido, o más, un *escritor de puntería*, el libro primero es La Biblia.

Leer lo nuestro

Si muy escasa es la lectura de la literatura clásica universal entre nuestros niños y jóvenes, más preocupante es su desconocimiento de las letras cubanas. No hablo de lo que le enseñan o tienen que examinar en los colegios; lo que se aprenden para un concurso o para salir en un programa de televisión convenientemente editado.

Hablo de haber leído (comprendido, aprendido) de autores cubanos significativos. No se trata de que reciten de memoria el poema *Tengo* de Nicolás Guillén; se trata de conocer su obra menos promocionada, tal vez la sublime, dedicada al amor y a la fraternidad de las razas.

Cuando el poeta Cintio Vitier, en la década de los 90 del pasado siglo, encabezó una cruzada para publicar una parte de la obra de José Martí, para que esta fuera entregada a niños y jóvenes cubanos, de alguna manera nos revelaba el déficit que tenemos todos de uno de los más grandes escritores nacidos en esta tierra. Aclaremos que la *devoción* por la obra de Martí no es posterior a la Revolución Cubana. Los mejores ensayistas cubanos del siglo XX, entre ellos Juan Marinello y Jorge Mañach, eran acuciosos investigadores de sus textos. Es posible descubrir en los ensayos de ambos inconfundibles *trazas* de estilo martiano.

Es doloroso que algunos de nuestros niños no hayan leído las *Cartas a María Mantilla*, varias veces edita-

das en Cuba. En breves epístolas resume el Maestro lo que un padre desearía dejar como legado ético y cultural a su hijo. Es penoso que de Martí se sepa más como político -sin duda, importante- que como uno de los precursores del Modernismo, como el periodista que narró magistralmente el advenimiento del tormentoso siglo XX a través de los portentos de la ingeniería, las ciencias, las luchas sociales y las artes en todas sus manifestaciones.

Pero si Martí nos resultara embarazoso o *repetitivo* -difícil de comprender, pues en él siempre descubrimos algo nuevo- para recomendarlos a los muchachos, existe una amplia literatura para niños y jóvenes cubanos escrita por autores, también cubanos, en los últimos 50 años.

Para las nuevas generaciones parecen no existir Dora Alonso, Mirta Aguirre; la poesía de Chacón Nardi, Serafina Núñez, Eliseo Diego o del propio Nicolás Guillén. O los cuentos admirables de Onelio Jorge Cardoso y Samuel Feijoo, verdaderas joyas de *filosofía de la vida* que jamás se olvidan.

Es mucho y bueno lo que un niño, o un joven cubano, debería leer de lo *suyo* antes de que un niño mago londinense colonizara su intelecto. Si, además, quisiera ser un buen escritor, estaría impelido a revisar -a *vivir*- en *La Loma del Ángel*, a *visitar* el Niágara, a *disfrazarse* de Caniquí, a oír atentamente bajo el seudónimo de *Elpidio*; sufrir la *honradez* o la *impureza* de las damas de inicios del XX, *habitar* la Calle Trocadero con todo su *Paradiso* intercurrente; caminar por una *Habana Difunta* -con sus tigres incluidos-, descansar y soñar en un *Jardín del Vedado*; *desandar* los portales de una *Ciudad de las Columnas* donde el *Acoso* a un masón francés hizo a la Isla parte de *El siglo de las luces*. Empezaría, ese niño y joven cubano que quiere escribir bien, por ser *Pelusín del Monte*, *Guille*, *Juan Quinquín* y terminaría como el *Cuentero* de los duros tiempos de la zafra, un *José Cemí* descendiendo a la cafetería de una funeraria, un *Carlos* sobreviviente, a

quien le sangra delante un cuadro llamado *Explosión en la catedral*.

Leer y escribir: ¿un dilema?

El acto de escribir es, ciertamente, oficio. Y como todo oficio, se puede aprender y en tanto más se ejercite, mejor se realiza. Pero como mismo un carpintero o un zapatero aprenden de otros o toman algunas ideas originales, los escritores estudian los textos para incorporar a su oficio experiencias ajenas, no copiarlas. Gabriel García Márquez usó el símil del reloj: además de ver la hora, un escritor siente la necesidad de quitarle la tapa al cronómetro, sacar sus mecanismos, y ver cómo es que funciona. Esa puede ser muy bien la diferencia entre un lector y un escritor.

Aquí necesitaría hacerse otra aclaración. Hay *escritores orales* y *escritores escritores*. Poder hacer las dos cosas bien, hablar como se escribe y a la inversa, es excepcional. De Lezama se decía que escribía como hablaba. Con Carpentier pasaba algo parecido. Su ciclo de conferencias sobre La Habana y la novelística latinoamericana, filmadas para cine, puede ser transcripta casi sin correcciones. Pero generalmente hay una diferencia abismal entre la palabra que se habla y la que se escribe.

Los *escritores orales* se quedan en blanco frente a una cuartilla en blanco. Si alguien tuviera la bondad de grabar sus palabras, los libros *escritos* por ellos serían inmejorables. Del cardenal Carlo María Martini se dice que jamás escribe. Con decenas de textos publicados, su obra le ha merecido un lugar prominente en las letras universales. En Cuba tenemos un ejemplo en Eusebio Leal, de quien poco leemos en revistas o periódicos; nadie duda que una intervención suya, la mayoría de las veces sin notas, daría para un texto de altos quilates literarios e históricos. Son individuos que no pueden escribir porque la cuartilla está ya hilvanada en sus cabezas; el acto mecánico de ponerla sobre el papel o la pantalla del ordenador parece quitarles el acomodo de las palabras en sus mentes.

Por otro lado, hallamos *escritores escritores*: sólo frente a la cuartilla en blanco encuentran las palabras precisas, justas. Conocí un poeta cuya conversación, llena de frases soeces, pudiera sonrojar a un estibador. Sin embargo, una sola línea de su poesía bastaría para tocar el Cielo. Era como si quien hablara fuera una persona y el delicado poeta, otra. Por eso mucha gente prefiere no conocer íntimamente a los autores, solo a través de sus textos.



El doctor Eusebio Leal y el cardenal Carlo María Martini, dos maestros en el arte de la oratoria.

De regreso al tema principal, lo extraordinario es hallar un buen escritor que no sea *cuarto bate* leyendo. Recuerdo haberle preguntado a un poeta cubano por los inicios de Reinaldo Arenas, sabiendo que era un campesino poco ilustrado al venir a La Habana, a principios de los 60. Me confesó que estuvo entre quienes evaluaron la obra con la que Reinaldo ganó su primer premio literario en Cuba y que estaba llena de faltas ortográficas, de sintaxis inadecuadas. Pero allí había un gran escritor; eso, enfatizó, se llama talento. Sabemos, por Reinaldo Arenas y por quienes le conocieron, el gigantesco esfuerzo hecho por él para *pulirse*, a lo cual contribuyeron Lezama y Virgilio Piñera de manera decisiva.

Preguntado sobre el tema de la importancia de la lectura para un escritor, Carpentier decía que estaba en su razón de ser: un escritor encuentra interesante una complicada novela, las etiquetas de los medicamentos, una receta de cocina, un anuncio en la vía pública. Lo que más lamentaba Jorge Luis Borges de su ceguera era la imposibilidad de leer. En algo lo aliviaba María Kodama al repararle las páginas del *Martín Fierro*, oídas como si fuera la primera vez que sus ojos las descubrían.

Saber leer: saber *tachar*.

Pudo ser León Tolstoi quien dijo que saber escribir era saber tachar. Se refería el novelista ruso a que los escritores suelen poner muchas palabras -y páginas completas- que en una revisión tendrían que ser eliminadas pues no funcionan, se repiten o simplemente nada valioso aportan al relato.

Para Ernest Hemingway, el escritor debía tener un detector de basura -no fue la palabra que usó- en la nariz; darse cuenta de cuánto sobraba o era malo para la narración.

Usemos ambas frases en función de un buen lector: *tachar* es poder reconocer los textos que no aportan nada nuevo o son francamente repulsivos.

Pero, ¿cómo *entrenar* el lápiz rojo o el olfato del futuro lector? No queda otra respuesta: leyendo, lo malo y lo bueno. Hay una edad en la cual ese poder de discriminación es muy bajo. Hay una edad en que el lector debe proponerse terminar todo lo que le cae en las manos. Pero también habrá un tiempo en el cual el ritmo de la vida, las obligaciones diarias o los gustos hacen al lector más selectivo, y que no sienta *culpa* al cerrar un volumen a la tercera o cuarta página. Para que ese momento llegue, es imprescindible, como en cualquier otra actividad de apreciación cultural, haber estado en contacto con todo tipo de obra durante muchos años.

Los escritores saben bien de lecturas obligadas, pues leer es parte de su trabajo. Como en el cine, necesitado de tres o cuatro horas de trabajo para unos pocos segundos en pantalla, los escritores necesitan leer varios tomos, decenas de artículos y periódicos para, acaso, urdir un párrafo. Otras veces, el texto fluye sin esos requisitos. Y en otras, de tres libros, 20 artículos y 15 periódicos que hacen varias cuartillas de notas, todo se desecha. He aquí lo interesante del lector escritor: los personajes toman vida propia; dictan qué caminos el escritor debe tomar para contarles: sobran las citas cultas, las exactitudes históricas y geográficas.

Hay escritores que releen mucho antes de sentarse a narrar. No solo porque tengan que estudiar la época y sus costumbres. Dicen que ciertos libros les inspiran comenzar el nuevo trabajo. Como un ritual, leen de tapa a tapa una novela por décima ocasión antes de poner en blanco y negro la historia que desean contar. Otros, en cambio, evitan la literatura relacionada con el tema.

A medida que el lector se hace selectivo, sus textos son más complejos, y lee a mayor velocidad, *tachando* lo superfluo. Hoy sabemos que no leemos letras y vocales, sino palabras o conjunto de ellas, de tal modo que solo de fijar la vista unos segundos sobre una oración, puede descubrirnos de qué se trata. Es la única

forma en que uno se explicaría cómo Hemingway y Carpentier *digerían* al menos tres o cuatro novelas por semana.

De vuelta a Potter-Brown

La historia de mi amiguito escritor concluye después que vimos juntos la película *El Código da Vinci*, basada en la novela de Dan Brown. Eran lógicos sus deseos por ver el filme. Al salir del lugar de la exhibición, además de catalogarla de gran obra, dijo que quería leer la novela. ¿Para qué?, respondí, no te has perdido nada del otro mundo.

Esta vez el chico se molestó mucho: todos sus amigos la habían leído; estaban fascinados con la historia, basada, según el autor, en *hechos reales*. Le expliqué: a esa altura ya se habían publicado por lo menos una docena de libros desenmascarando las mentiras de Brown. Conseguiría la novela -monseñor Carlos Manuel de Céspedes me la facilitó sin interés en su devolución- y además, los libros críticos de expertos en teología, historia y letras. La novela es lo único que me importa, me contestó el muchacho.

Lo increíble de este relato, y así termino, es que se trata de un joven con aptitudes naturales para narrar; que sin apenas haber leído, es capaz de contar una historia, hacerlo bien para su edad. Dice ser católico, acude a misa, y afirma, sin que le tiemble la voz, que Cristo pudo tener hijos con María Magdalena, posiblemente no murió en la Cruz, y que la Resurrección es un invento de los apóstoles.

En ese momento, como padre que puedo ser de él, sentí un profundo dolor: es mucho el daño humano hecho y que se hacen tantos jóvenes de hoy. Ya no se trata únicamente de ciertas lecturas imprescindibles para tener mayor cultura, conocimientos, brillantez profesional. Se trata de toda una generación -probablemente más de una- en la cual lo verdadero, lo bello, y lo bueno dependen del *encantamiento* que sean capaces de crear los poderes de este mundo.